

Ausentismo en las elecciones: algunas hipótesis y reflexiones desde las encuestas

Sin duda, el resultado de las elecciones generales de 1994 dio respuesta a muchas interrogantes sobre el desenlace de las primeras elecciones después de la guerra, sobre todo en lo que respecta al ganador y a la posición que ocuparían los partidos contendientes en esta nueva fase del proceso salvadoreño; no obstante, lo que ocurrió el 20 de marzo sorprendió a propios y a extraños, planteó otras preguntas no menos importantes sobre la dinámica salvadoreña y cuestionó enormemente la trascendencia de las mal llamadas "elecciones del siglo".

A dos años después de la firma de los acuerdos de paz, las elecciones se celebraron con participación de agrupaciones políticas que representaban todas las tendencias ideológicas y políticas activas del país. El hecho de ser las primeras elecciones en paz con la participación de todo el espectro político-ideológico, representaba elementos procesales nuevos y, para muchos, ello iba a redundar en el desarrollo de unos comicios radicalmente distintos en su dinámica e inclusive en sus resultados. El desenlace del proceso ha echado por tierra todas estas suposiciones; lo que salta a la vista luego de sucedido el evento electoral es que las elecciones de 1994 se caracterizaron por los dos elementos más importantes de todas elecciones anteriores, el ausentismo y las irregularidades.

Este comentario plantea algunas posibles explicaciones o, más modestamente, algunas hipóte-

sis que ayuden a explicar el fenómeno del ausentismo voluntario de los sufragios del 20 de marzo y del 24 de abril. Lo que sigue a continuación se fundamenta en los resultados de las encuestas de opinión pública realizadas por el Instituto Universitario de Opinión Pública, en lo que éstas pueden iluminar para encontrar posibles respuestas al ausentismo e, indirectamente, a las preferencias electorales. Algunas de estas hipótesis ya habían sido esbozadas por algunos analistas, las encuestas entonces pueden contribuir a su confirmación; otros planteamientos que surgen de los sondeos, por el contrario, derribarán algunos mitos sobre el proceso actual y evidenciarán lo equivocado que algunos políticos y periodistas se encontraban al evaluar las elecciones como el evento del siglo. Nuestra tesis fundamental es que el ausentismo no ha sido un fenómeno coyuntural, propio de estas elecciones, como tampoco puede achacarse a las irregularidades como factor principal. Los datos disponibles, paradójicamente, apuntan a la responsabilidad estructural del sistema "democrático" como principal excluyente de la población en los procesos electorales.

Un brevísimo repaso de los resultados nos muestra que son dos las cosas que saltan a primera vista en las elecciones de 1994, ambas confluyen en la misma consecuencia y sobre ambas hay una gran cantidad de interrogantes. Por un lado, es innegable la ocurrencia de un sinnúmero de irregula-

ridades que van desde cosas muy simples como la aglomeración de urnas en un mismo centro de votación hasta la ausencia inexplicable de más de 25,000 salvadoreños en el padrón electoral. Por otro lado, cerca del 40 por ciento de los salvadoreños no asistió a votar el día de las elecciones. Tanto las irregularidades como el ausentismo provocaron que las elecciones fueran protagonizadas por no más de la mitad de los electores salvadoreños, aunque creemos que la responsabilidad mayor descansa en los absentistas voluntarios.

Los comicios, sin embargo, tuvieron otros resultados que no dejaron de sorprender a la población misma y a los analistas políticos, a pesar que por medio de las encuestas ya se podía anticipar algo. Por ejemplo, el avance de la izquierda en las zonas urbanas, sobre todo en aquellas poblaciones de mayor actividad industrial y su fracaso en ciertas zonas ex conflictivas y en el área rural en general. El desplazamiento del Partido Demócrata Cristiano hacia el tercer lugar luego de haber dominado la esfera política durante la década pasada y el potencial electoral de ARENA entre un buen sector de la población a pesar del serio cuestionamiento de la opinión pública hacia su política económica.

Dejando de lado la discusión sobre las dificultades y los no pocos obstáculos que enfrentaron muchos salvadoreños para emitir el sufragio dada la ineficiente organización montada por el Tribunal Supremo Electoral y la inexplicable ausencia de algunos votantes en el registro electoral, es claro que algo menos de la mitad de la población decidió no votar en estas elecciones. Las primeras

evaluaciones sobre el ausentismo indican que sólo el 6 por ciento de los electores no votó a causa de las irregularidades.

Algunos analistas y políticos han dicho que el ausentismo voluntario en las elecciones salvadoreñas es un fenómeno normal, que es rutinario en la mayoría de los países democráticos, sin embargo, a todos ellos se les olvida considerar que el contexto salvadoreño es radicalmente distinto al de los países cuya tradición electoral se remonta a décadas, así como también se les olvida considerar que los procesos políticos novedosos vienen caracterizados por una amplia participación ciudadana, un ejemplo actual de ello es el caso sudafricano.

Los datos de las encuestas pre-electorales permiten pensar que el fenómeno del ausentismo no fue algo repentino, como tampoco algo que responde a una percepción de estabilidad política. Faltando más de un mes para que se celebraran los comicios, los salvadoreños tenían dudas sobre su asistencia a las urnas el 20 de marzo. En ese momento, casi la mitad de los ciudadanos pensaba que la población se abstendría de votar, mientras que la otra mitad creía que habría asistencia masiva a votar. Las elecciones demostraron que la primera mitad tuvo razón anticipar el ausentismo. Más interesante aún es observar que las razones por las cuales se anticipaba la abstención tienen que ver con la desconfianza, la falta de interés y los problemas en la carnetización. Estos datos y el resultado de las elecciones indican que la mayor parte de los encuestados evaluó la participación de la gente a partir de sus propias posturas frente a las elecciones.

Cuadro 1
Opinión y razones sobre la participación de los salvadoreños
(En porcentajes)

Opinión		Opinión	
Se abstendrán	45	No se abstendrán	44
Razones		Razones	
Por desconfianza	34.2	Por interés y entusiasmo	37.5
Por falta de documentación	29.2	Hay paz y libertad	27.8
Por desinterés	22.4	Tienen documentación	17.0
Por razones personales	6.4	Otras opciones	16.1
Otras respuestas	7.8	No responde	1.5

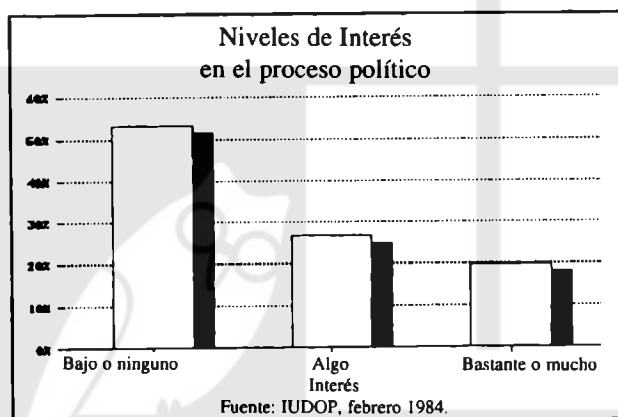
¿Cree usted que muchos salvadoreños se abstendrán de votar en las próximas elecciones? ¿Por qué?

Así, tanto la desconfianza como el desinterés hacia el proceso electoral podrían ser algunas de las actitudes que explican el ausentismo y la falta de participación electoral. Y es que aparentemente, de cara a las elecciones y a la política, la población salvadoreña se encuentra dividida casi por la mitad. Los sondeos de opinión pública descubrieron que alrededor del 50 por ciento de los ciudadanos en edad de votar no tenía interés alguno en el proceso político del país, y casi la mitad de los ciudadanos veía con desconfianza el evento electoral.

Las encuestas pre-electorales mostraron que la campaña electoral no logró motivar e interesar a más de la mitad de la población. Esta falta de inte-

rés se encuentra muy correlacionada con el hecho de revelar o no su intención de voto. Los niveles de desinterés se presentan muy elevados entre las personas que en las encuestas no manifestaban su intención de voto ("voto secreto", "no sabe" o ninguno), mientras que las personas con mucho interés se presentan entre los votantes declarados. Estos datos hacen sospechar que en realidad las personas que durante la campaña electoral no confesaban su opción política o que se presentaban como "indecisas", son personas que en una proporción significativa no tenían interés en votar, probablemente nunca lo consideraron seriamente y, de hecho, algunos no lo hicieron.

Figura 1



Cuadro 2

Niveles de interés por el proceso político entre votantes decididos y no decididos

	<i>Votantes declarados</i>	<i>Personas que no revelan voto</i>
Ningun interés	40.3	59.7
Bajo interés	57.7	42.3
Algo de interés	66.2	33.8
Interés	81.7	18.3
Mucho interés	83.7	16.3

Los niveles de interés han sido elaborados cruzando las preguntas: ¿Cuánto le interesa la política?, ¿la campaña electoral le interesa mucho, poco o nada? y ¿piensa votar en las próximas elecciones?

Así como el interés divide a la población votante por la mitad, las encuestas revelaron que los ciudadanos se encuentran divididos entre los que confiaban en las elecciones y los que no. El Cuadro 3 muestra que el 49 por ciento de la población tenía desconfianza o mucha desconfianza en las elecciones. Sin embargo, tanto el desinterés como la desconfianza no son fenómenos aislados. Los datos señalan la fuerte vinculación existente entre el desinterés en la política y la desconfianza en el proceso electoral. La mayor parte de los que no tienen interés poseen un elevado nivel de duda sobre las elecciones; en cambio, la proporción de personas que mantiene mucha confianza en el proceso es mayor entre los que presentan interés por lo político.

La desconfianza no sólo aparece correlacionada al desinterés político sino que, siguiendo un patrón similar a éste, es posible diferenciar el nivel de confianza entre los que declaran su voto y los que no lo

hacen: los que creían en el proceso estaban más dispuestos a revelar su intención de voto, mientras que las personas que no tenían confianza en los comicios se inclinaban más a no declarar su intención de voto.

Cuadro 3
Niveles de interés por el proceso político y niveles de confianza en las elecciones

	Bastante confianza	Algo de confianza	Desconfianza	Mucha desconfianza
Ningún interés	11.6	13.2	27.9	47.3
Bajo interés	29.4	19.0	29.6	22.0
Algo de interés	27.0	25.6	26.4	20.9
Interés	38.7	26.3	23.1	11.8
Mucho interés	42.7	23.0	20.2	14.0
Todos	29.8	21.5	27.1	21.7

Los niveles de confianza han sido elaborados cruzando las preguntas: ¿Usted piensa que va a haber fraude en las próximas elecciones o serán limpias? y ¿usted tiene mucha confianza en el próximo proceso electoral, algo de confianza, muy poca confianza o ninguna confianza?

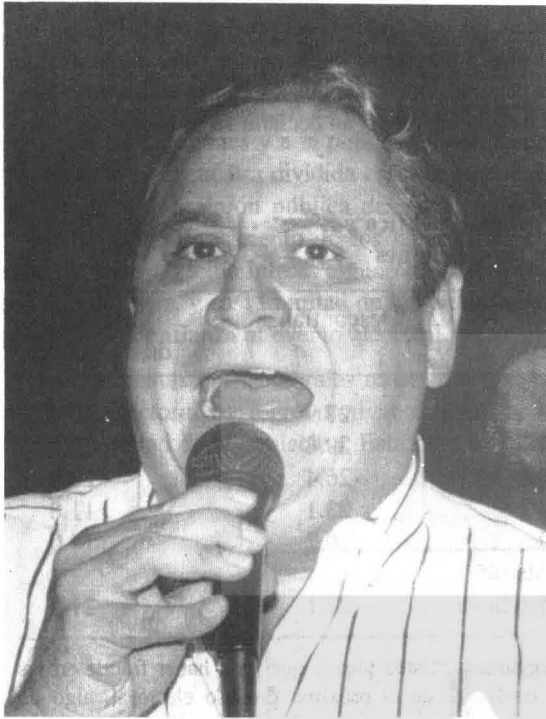
Cuadro 4
Niveles de confianza en las elecciones entre votantes decididos y no decididos

	Votantes declarados	Personas que no revelan voto
Mucha confianza	75.1	24.9
Algo de confianza	60.4	39.6
Desconfianza	58.8	41.2
Mucha desconfianza	57.5	42.5

Observando cómo se correlacionan todos los datos anteriores, habría que preguntarse si los individuos, calificados erróneamente como indecisos porque algunos no tenían intención de decidirse, no estarían mejor definidos como "marginados políticos", personas que voluntaria o involuntariamente prefieren mantenerse al margen de la política y de todo lo que se relacione con ella.

Así, lo anterior hace pensar que el desinterés y la desconfianza que pueden estar detrás del abstencionismo forman parte de un sistema actitudinal muy coherente frente a la estructura política. De este sistema se pueden decir dos cosas: en primer lugar, no es coyuntural, y, en segundo lugar, está muy arraigado en cierto tipo de población.

La tesis de una desconfianza sólo coyuntural no es sostenible cuando se tiene en cuenta que la población salvadoreña ha venido dudando de los procesos electorales desde la década de los ochenta. Por ejemplo, en la encuesta pre-electoral de 1989, sólo el 39.3 por ciento de los salvadoreños creía que las elecciones serían limpias; cinco años más tarde, otra encuesta pre-electoral reveló que la confianza se mantuvo prácticamente igual: en febrero, el 40 por ciento afirmó que no habría fraude el 20 de marzo. Aparentemente, el paso de la guerra a la paz por medio de los acuerdos de Chapultepec no ha significado un avance significativo en términos de confianza hacia las elecciones. Si a esto se le agregan las irregularidades ya crónicas



que la población ha sufrido elección tras elección, hay mucha razón para mantener inalterable la duda, a pesar de que El Salvador haya entrado a una nueva etapa.

Si a la mitad de los salvadoreños no le interesan las elecciones y no confía en ellas y, por otro lado, durante la campaña electoral se negó repetidamente a revelar su intención de voto, es lógico pensar que esta mitad probablemente es la que no asistió a votar. Ello convierte al fenómeno de los mal llamados "indecisos", sobre el cual se debatió mucho previamente a las elecciones, en un indicador velado de ausentismo. La pregunta obligada entonces es ¿quiénes podrían ser éstos absentistas? A partir de los datos de los sondeos y al relacionar desconfianza, desinterés y ausentismo, la pregunta se convierte en ¿quiénes presentan una invariable desconfianza y desinterés por la política y son "indecisos" a la vez? Las respuestas se abordarán más adelante, pues nos queda otro elemento a considerar.

Junto con el desinterés y la desconfianza existe otro factor que ha determinado el curso del proceso electoral de 1994 y que aporta nuevos criterios

para la comprensión del alejamiento civil de la política. Esto es la polarización. A partir de la encuesta de evaluación anual del IUDOP, en diciembre de 1993, comenzó a mostrarse un nivel creciente de polarización que dividía a los que revelaban su intención de voto en dos bloques totalmente antagónicos.

Estos bloques son perceptibles al revisar las posturas frente al régimen y los tópicos de mucha controversia social como el ejército y los derechos humanos. Por un lado, se tiene un grupo muy consistente de población que ve con muy buenos ojos la gestión del gobierno, se presentan como votantes duros de ARENA y esencialmente están satisfechos con la situación actual del país. Por otro lado, se encuentra una porción de ciudadanos, muy consistente también, que es especialmente crítica del gobierno, ellos son en su mayoría votantes de la Coalición de izquierda, aunque se encuentran demócrata cristianos también; propugnan por un cambio en el sistema político y se encuentran particularmente insatisfechos con los acuerdos de paz.

El Cuadro 5 y la Figura 2 (la escala de la figura se elaboró usando las preguntas siguientes: "pensando en los logros del actual gobierno, ¿estaría usted de acuerdo con que ARENA continuara gobernando los próximos cinco años? y en su opinión, ¿el actual gobierno ha cumplido con la mayoría de sus promesas, con algunas, con muy pocas o con ninguna?") muestran la forma en que se dividía de la población en torno al gobierno. El primero se basa en los datos de la encuesta de diciembre de 1993 y la segunda en la encuesta de febrero de 1994, en ambos es visible que las personas que no elegían partido de preferencia se distribuían equitativamente en la valoración del gobierno; en cambio, los que elegían partido muestran claramente una tendencia de aprobación u oposición hacia el gobierno. De esta polarización participan esencialmente los electores del partido ARENA y de la Coalición formada por el FMLN, Convergencia Democrática y el Movimiento Nacional Revolucionario. Los votantes del Partido Demócrata Cristiano muestran una tendencia más sutil en contra del régimen. En febrero, los niveles de polarización se presentan más altos que los de diciembre.

Cuadro 5
Posturas frente al régimen en diciembre de 1993
(indicador velado de polarización¹)

Partido de preferencia	Voto declarado			Voto no declarado	
	ARENA	PDC	FMLN-CD	Secreto	No sabe
Postura frente al régimen					
Positiva	71	17	5	33	32
Ni positiva ni negativa	24	35	24	36	39
Negativa	5	48	71	31	29
Total	100	100	100	100	100

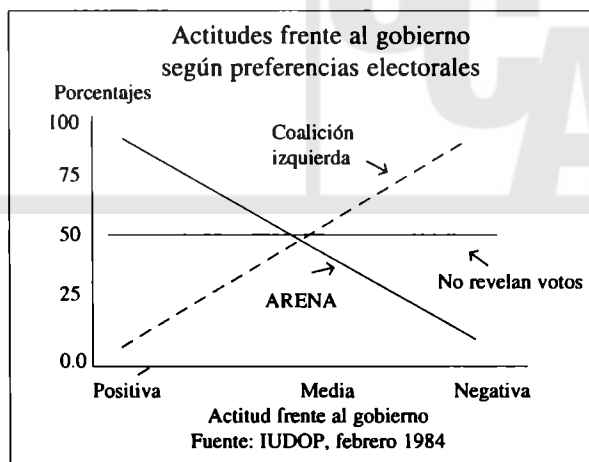
Las posturas frente al régimen han sido elaboradas a partir de las siguientes preguntas: En su opinión, ¿el gobierno se preocupó por todos los salvadoreños o hubo un grupo más beneficiado que otros?, ¿el actual gobierno es corrupto u honesto?, ¿el actual gobierno es responsable o negligente?, ¿estaría usted de acuerdo con que ARENA continuara gobernando los próximos cinco años?

Estos datos indican que la escogitación del partido de preferencia de cara a las elecciones está profundamente ligada a una postura actitudinal muy sólida frente al gobierno. Cabe preguntarse entonces si la falta de definición y, o la toma de postura dentro del esquema de enfrentamiento ha sido un factor que definió la participación o no de los ciudadanos en los comicios de este año, nuestra hipótesis es que sí.

Paradójicamente, una de las características de los comicios es que, a pesar del fin del conflicto armado, han reproducido precisamente un esque-

ma que hereda las características de la guerra: existe una pugna por el poder en la que esencialmente participan los mismos bandos de la década pasada, estos partidos representan concepciones políticas sobre la realidad salvadoreña diametralmente opuestas (al menos en teoría) y su actividad proselitista ha tensionado de nuevo la dinámica social salvadoreña. El problema con esta dinámica en el momento actual es que retarda los procesos de reconciliación porque todo suceso social se interpreta de una forma diametralmente opuesta y cualquier postura del adversario es definida *a priori* como mala o negativa.

Figura 2





Así, la evidente ausencia del “correlato psicosocial” de polarización entre las personas que no revelaron su intención de voto podría ser un indicador de su resistencia a participar en un esquema maniqueísta respecto al sistema político del país. Esto implica también la falta de otras alternativas viables dentro de la oferta política de las elecciones. Es claro que el resto de partidos, incluido el Partido Demócrata Cristiano, no pudieron presentarse con la fuerza suficiente como para romper el esquema de enfrentamiento bipolar que, por el contrario, beneficiaba a las agrupaciones que ocupaban los polos.

Sin embargo, el modelo de polarización explica sólo en parte el fenómeno de los absentistas. La polarización no explica la historia de ausentismos de las elecciones salvadoreñas, porque aquélla ha sido un fenómeno eventual; más bien las aclaraciones podrían buscarse a otro nivel, cuando conjugamos toda una serie de variables en torno a los supuestos votantes y no votantes y encontramos de nuevo el peso y la persistencia de aquellos que no participan en elecciones.

Efectivamente, al comparar bajo varias categorías el grupo de votos declarados y no declarados

(votantes y no votantes probablemente) se puede establecer una oposición mucho más grande. El problema entonces podría ser no sólo la tensa oposición entre la izquierda y la derecha en estas elecciones, sino sobre todo, la oposición histórica entre los que participan en política, que tienen un significativo nivel de compromiso político, frente a los que no participan en absoluto de los eventos de trascendencia política. No disponemos de elementos necesarios como para calificar esto como un nivel superior de polarización, pero lo que sí parece claro es que, aparte de los bandos definidos como de izquierda y de derecha dentro de los cuales se encuentran todos los partidos políticos, existe otro nivel de oposición que enfrenta a los participantes políticos y a los apáticos. Una representación esquemática se muestra en el Recuadro 1.

La presencia de este sector es mucho más relevante de lo que parece, no sólo por su peso cuantitativo (se puede decir que esta facción constituye casi la mitad de la población) sino porque su existencia restringe enormemente la dinámica política general de país. La falta de participación de casi el 50 por ciento de la población resta legitimidad a cualquier proceso político que diga representar a la mayoría y perpetúa el esquema que mantiene distante al pueblo de sus dirigentes, porque aquél no logra identificarse con éstos.

Recuadro 1

Niveles y facciones de oposición políticas		
Votos declarados		Votos no declarados
ARENA	FMLN	Sin afiliación política clara
	PDC	
PCN	CD	
	MU	
	M\$N	

Todo esto va tomando cuerpo cuando se hace una comparación entre las personas que ocupan cada uno de los niveles de antagonismo y se encuentra que “los polarizados” se diferencian mu-

cho tipológicamente de los que están fuera del enfrentamiento partidario. En primer lugar, es sorprendente observar cierta contigüidad entre los votantes de ARENA y los de la Coalición. Según las investigaciones del IUDOP, ambos tipos de votante se presentaron con una elevada confianza en sí mismos como agentes activos del sistema político, ambos muestran niveles suficientes de confianza e interés por los sufragios, comparten características demográficas: habitantes de zonas urbanas con alto grado de escolaridad y, según las encuestas de salida, la mayoría de los votantes tanto de la izquierda como de la derecha había decidido su voto antes de que diera inicio la campaña electoral. Por el contrario, los que no declaraban su voto y no participaban en el esquema de confrontación, pertenecen a los sectores socioeconómicos más bajos, muestran desconfianza y desinterés en el proceso electoral, tienen más al conformismo como rasgo psicosocial y probablemente nunca decidieron por quién votar.

Indagar y mostrar quiénes son los absentistas no responde a un esfuerzo estereotipante. Al establecer por lo menos algunas de las características demográficas más constantes entre las personas que comparten el desinterés, la desconfianza y la no participación en la polarización electoral

(indicadores de probable abstencionismo), es posible aproximarnos a una mejor comprensión del fenómeno del ausentismo.

Las respuestas sobre quiénes pueden ser los absentistas vienen asociadas esencialmente a dos variables: nivel socioeconómico y nivel educativo (de éstas se pueden obtener otros rasgos). En una escala socioeconómica que divide a la población en sector alto, medio-alto, medio-bajo, obrero, marginal y rural; los sujetos que pertenecen a los estratos más desposeídos mostraron mayor desconfianza y desinterés en el proceso electoral que el resto de los estratos, estas posturas eran muy acentuadas sobre todo entre los campesinos y los habitantes de las zonas marginales (ver el artículo "La opinión de los salvadoreños sobre las elecciones" en este número).

Tan importante o más que el nivel socioeconómico es el nivel de escolaridad de los salvadoreños: el grado de instrucción escolar ha aparecido muy ligado a las actitudes electorales. En la medida en que las personas tienen una escolaridad menor, existen más probabilidades de encontrar en ellas menor interés y menor fe en el proceso electoral, la relación opera en viceversa también (ver Figura 4).

Figura 3

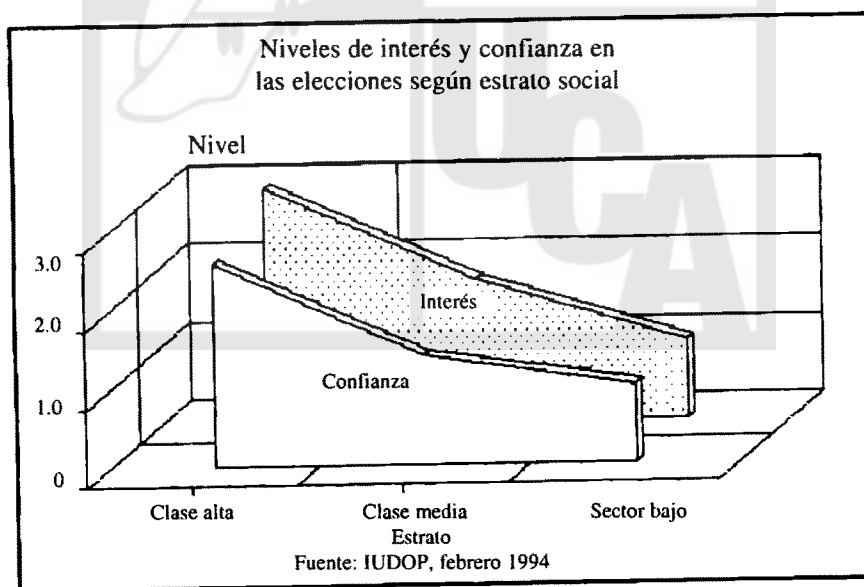
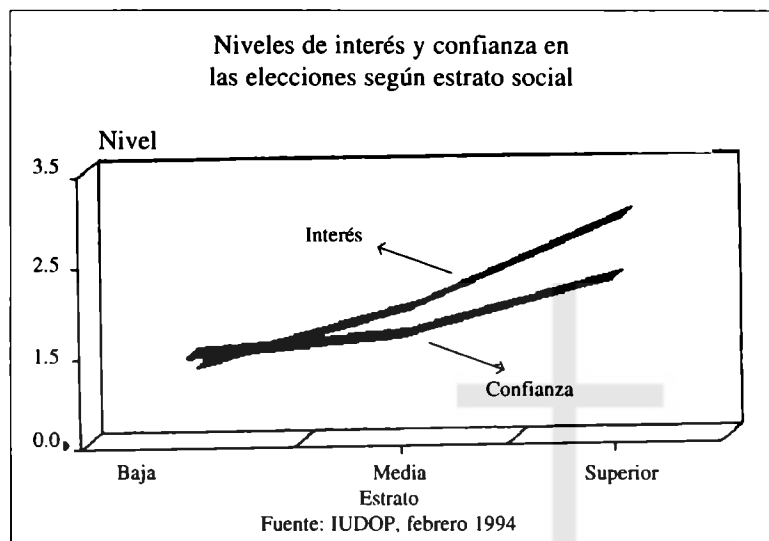


Figura 4



La conjugación de todos estos factores reforzaría nuestra tesis de marginalidad en torno a los que no participan en las elecciones. Así, repetimos, el problema del ausentismo no se reduce a actitudes aisladas, tampoco se basa sólo en la mala organización de las elecciones, aunque ésta ciertamente ha venido estimulando el abstencionismo al mostrar a la población lo difícil que resulta votar; y tampoco puede explicarse aludiendo al conformismo con el sistema de gobierno imperante, en cuyo caso no aparecerían tantos indicadores del deseo de cambio entre la población —la encuesta de febrero reveló que sólo el 6 por ciento de la población se opone a que ocurran cambios en el país y cerca de la tercera parte de los salvadoreños aboga por un cambio total del sistema. Dar todo el crédito a esas explicaciones no hace más que ocultar el grave problema histórico de la marginación política de la población. Más bien todos los datos anteriores indican que el problema de la *falta de participación de los ciudadanos está muy ligado a sus condiciones de marginalidad social y económica.*

Cuando se vive en condiciones de pobreza, como lo hace el 42 por ciento de la población salvadoreña, las prioridades son sobrevivir, tener un trabajo fijo y tener qué comer cada día; votar o participar en política no ocupa el primer lugar en

la lista de preocupaciones. En este punto es donde se vuelve muy revelador el estribillo de muchos ciudadanos cuando se les pregunta por política: *yo no me meto en éso porque si no trabajo no como.*

Esto quiere decir que mientras no se resuelvan, o por lo menos no se aminoren, los principales problemas económicos y sociales del país, habrá siempre una porción significativa de salvadoreños que no participará en elecciones, a menos que éstas se planteen de una forma radical y abiertamente distinta. Aquí entra la responsabilidad inmediata de los partidos políticos que compiten en elecciones, la cual no sólo se resume a hacer la mejor propuesta de gobierno, sino también a asegurar que las condiciones en las cuales van a competir sean de equidad para todos los salvadoreños. De esta forma puede ser posible que los salvadoreños confíen en las elecciones como un instrumento eficaz para cambiar sus condiciones de vida.

Sin embargo, las elecciones de 1994 han sido la demostración más fehaciente de lo lejos que estamos aún de que los procesos electorales se desarrollen novedosamente y tengan la capacidad de recoger la determinación política de todo el pueblo salvadoreño. Está visto que los elementos novedosos de ésta elección no fueron suficientes

como para cambiar la "forma de hacer elecciones" en El Salvador. En particular, se rompió el mito de que la inclusión de partidos nuevos, sobre todo del FMLN, implicaría la participación de electores nuevos, electores que se han estado resistiendo a participar en un sistema electoral que no comprenden o con el que no están de acuerdo. Los resultados de las encuestas pre-electorales (ver el Cuadro 6) y la encuesta de salida del 20 de marzo muestran, por un lado, que no ha habido un aumento sustantivo en votantes nuevos; dejando de lado los votantes neófitos a causa de la edad, tenemos que sólo el 16.6 por ciento de los que tenían edad para votar en las elecciones anteriores, concurrieron a

las urnas por primera vez en estas elecciones. Por otro lado, los resultados indican que entre los partidos políticos no hay diferencias significativas en la captación de votantes nuevos. En el caso concreto de la izquierda, su participación no ha significado la incorporación de personas que excluidas del sistema electoral, por lo que tampoco ha redundado en una disminución importante en la tasa de ausentismo respecto a las elecciones anteriores. Una prueba de ello puede ser el inesperado bajo porcentaje que obtuvo el FMLN en aquellas áreas que se consideraban bajo su control y cuyos pobladores tenían una historia de no participación electoral.

Cuadro 6
Electores nuevos según intención de voto
(En porcentajes)

	ARENA	Coal. izq.	PDC	Otros	Votos no declarados	Todos
Votantes nuevos						
Entre 18 y 20 años	10.5	9.3	10.1	10.3	7.7	8.8
Mayores de 21 años	16.4	13.3	16.8	8.9	16.6	16.6
Votantes en elec. pasadas	70.7	75.7	73.6	78.8	73.7	73.7
No sabe, no responde	2.4	1.7	2.5	1.9	2.0	1.9
Total	100	100	100	100	100	100

En este caso, la proporción de votantes nuevos se debe al crecimiento demográfico de la población, a la nueva etapa de empadronamiento y, probablemente, a las nuevas condiciones de paz en las cuales se desarrollaron estos comicios. Pero es difícil establecer que hubo votantes nuevos a causa de la inclusión nueva de partidos. En otras palabras, en estas elecciones ha votado la misma población que participó en los años pasados.

En la Tabla 1 se presenta un resumen esquemático de lo que se ha expuesto en este escrito.

¿Qué se puede sacar de todo esto? Esencialmente, podemos tener la convicción de que no basta la inclusión de los partidos de izquierda para que podamos hablar de democracia en el país.

Ciertamente, estas elecciones permitieron la participación de todos los partidos políticos sin exclusión, pero no aseguraron la participación de grandes masas de ciudadanos que viven marginados del sistema político como consecuencia de su marginación socioeconómica. La superación de esta marginalidad está vinculada a la igualdad de condiciones de participación en la sociedad, esto tiene su máxima expresión en épocas electorales, pero no se reduce a ellas. En el caso de las elecciones de 1994, difícilmente se puede afirmar que el "terreno de juego estaba nivelado" si los acuerdos no han logrado siquiera abordar el problema económico, desterrar las estructuras de injusticia e impunidad y hacer recobrar la confianza en las instituciones públicas.

El problema de las elecciones salvadoreñas no es nuevo y a esta altura de "experiencia electoral", tanto las irregularidades técnicas y operativas

como el ausentismo voluntario se alimentan entre sí en cada elección, perpetuando un esquema de exclusión que afecta a la mitad de la población.

Tabla 1
Las principales variables que intervienen en la participación electoral¹

Intención de voto por partido según encuestas ²	Actitudes frente a las elecciones ¹	Características sociales ⁴	Particip. pol. Decisión ³	Nivel de polarización ⁶	Rasgos psicosociales ⁷	Condición supuesta de votantes ⁸
Votantes declarados						
ARENA	Relativo interés Mucha confianza	Urbanos; en los sectores ascendentes con instrucción escolar	Constante Decididos <u>antes</u> de campaña	Muy alta	Conservadurismo-liberalismo, asertividad	Votaron
Coalición FMLN-CD	Mucho interés Relativa confianza	Urbanos, medios bajos con estudios superiores	Constante Decididos <u>antes</u> de campaña	Alta	Liberalismo, asertividad	Votaron
PDC	Algo de interés Poca confianza	Marginales y campesinos con baja instrucción escolar	Constante Decididos <u>durante</u> durante campaña	Mediana	Liberalismo-conservadurismo, conformismo	Probablemente no votaron todos
Votantes no declarados						
Voto secreto No sabe Ninguno	Desinterés Desconfianza	Campesinos, marginales y obreros con baja instrucción	Irregular	Baja Probablemente <u>no</u> decidieron	Conservadurismo,	No votaron fatalismo

Fuente: Bollinger, William. (1994). Dudas, incertidumbres y tendencias de las encuestas de 1993. (Mimeo). Los Angeles.

En este punto, las nuevas fuerzas políticas deben ser muy hábiles para que su inclusión en el sistema político imperante no signifique una sumatoria más de un esquema que necesita un cambio. La participación de los nuevos sectores debe ser cualitativamente distinta y tener la competencia política y moral para comenzar a hacer los cambios necesarios usando las reglas existentes de juego.

El esfuerzo podría comenzar por lograr recuperar la confianza en las instancias políticas (el Estado, los partidos políticos, las organizaciones populares, etc.), convirtiéndolas en garantes reales para la consecución de la justicia, la seguridad pública y el bien común. Visto de otra forma, se trata de que la democracia no sólo se circunscriba a los procesos electorales, sino a crear y fortalecer los mecanismos mediante los cuales los salvadoreños

tengan la oportunidad de expresar y debatir con la clase dirigente sobre su futuro compartido bajo condiciones iguales. Se trata, en resumen, de que los salvadoreños recobren (si alguna vez lo han tenido) el interés por lo político como un medio eficiente para plantear sus condiciones de vida y sus problemas más apremiantes.

Lograr esto obviamente no será fácil, pero lo aprendido de estas elecciones puede constituir el punto de partida necesario para que nos demos cuenta de que la construcción de la democracia debe comenzar por la participación de todos los salvadoreños en igualdad de condiciones. Ojalá y de esta forma, las próximas elecciones sean verdaderamente distintas y se puedan desarrollar sin ausentismo, irregularidades o manipulación.

J. M. C.

1. El contenido de la tabla se ha elaborado tomando en cuenta dos encuestas regulares del IUDOP realizadas en diciembre de 1993 y en febrero de 1994, y una encuesta de salida, organizada el 20 de marzo. La clasificación que se hace en la misma no pretende ser determinista, simplemente se muestran los rasgos que sobresalen más de cada grupo político de votantes.
2. Se basa en las respuestas a las preguntas sobre intención de voto por partido político, mejor candidato a presidente y preferencia partidista.
3. Escalas de interés y confianza obtenidas a partir de las posturas frente a las elecciones.
4. Se basa en las variables demográficas de nivel socioeconómico y grado de escolaridad.
5. Se refiere al momento durante el proceso electoral en el que la mayoría de las personas de determinado partido tomaron la decisión de votar por él.
6. La intensidad de la polarización se basa en la proporción de personas con posturas en pro o en contra del régimen.
7. Estos rasgos se refieren a dos ejes: conservadurismo-liberalismo y asertividad-fatalismo; y se basan en la postura de los encuestados frente a reactivos que investigan sus valores personales.
8. Categoría que se basa en un supuesto a partir de la conjugación de las categorías anteriores. Esta categoría será sometida a comprobación en la siguiente encuesta de opinión pública.

